

Mirta, que la toca con su rama de romero, el velo cae..... Gisela está trasformada en wili : sus alas nacen y se desarrollan..... sus piés apenas tocan al suelo. Baila, ó mas bien da vueltas en el aire, como sus graciosas hermanas, recordando é indicando con alegría el paso que ha bailado en el primer acto ántes de su muerte.

Óyese un ruido lejano. Todas las wilis se dispersan y ocultan detras de las cañas.

Jóvenes campesinos que vienen de la fiesta de la aldea vecina atraviesan alegremente la escena conducidos por un anciano ; van á alejarse, cuando oyen una música deliciosa, el aire del baile de las wilis ; los aldeanos parece experimentar á pesar suyo un extraño deseo de bailar. Las wilis no tardan en rodearlos, los enlazan y fascinan con sus posturas voluptuosas. Cada cual intenta detenerlos á su arbitrio con las figuras de su baile nativo..... los aldeanos conmovidos, van á dejarse seducir, bailar y morir, cuando el anciano se arroja en medio de ellos, les dice espantado el peligro que corren, y se salvan todos perseguidos por las wilis, furiosas al ver que se les escapa su presa.

Sale Alberto seguido de Wilfrido su fiel escudero. El duque está triste, pálido, su vestidura en desórden, su razon casi extraviada á consecuencia de la muerte de Gisela. Se aproxima lentamente á la cruz, parece buscar un recuerdo y querer coordinar sus ideas confusas.

Wilfrido suplica á Alberto que le siga y no se detenga cerca de este fatal sepulcro que le representa tantos pesares..... Alberto le manda que se retire..... Wilfrido insiste todavía, pero Alberto le ordena con tanta firmeza que le deje, que Wilfrido se ve obligado á obedecer, y sale ; si bien resuelto á hacer una última tentativa para separar á su señor de este sitio funesto.

Apénas queda solo Alberto, da rienda suelta á su dolor ; su razon se despedaza, se deshace en lágrimas, de repente palidece, sus miradas se fijan en un objeto extraño, que se dibuja delante de sus ojos... queda herido de sorpresa y casi de terror al reconocer á Gisela que le mira con cariñosa dulzura.

Víctima del mas violento delirio, de la mas viva ansiedad, duda aun y no se atreve á creer lo que ve, porque ya no es la linda Gisela, tal como la habia adorado, sino Gisela la wili, en su nueva y graciosa metamorfosis, siempre inmóvil delante de él. La wili parece llamarle solamente con miradas ; creyéndose Alberto bajo el imperio de una dulce ilusion, se aproxima á ella á pasos

lentos y con precaucion, como un niño que quiere coger una mariposa sobre una flor. Pero en el momento en que se extiende la mano hácia Gisela, esta, mas rápida que un relámpago, huya de él y vuela atravesando los aires como una tímida paloma para posarse en otro sitio, desde donde le dirige miradas llenas de amor.

Este paso, ó mas bien este vuelo, se repite muchas veces con gran desesperacion de Alberto, que intenta inútilmente alcanzar á la wili, huyendo algunas veces por encima de él como un ligero vapor.

De vez en cuando le hace un gesto de amor, le arroja una flor que coge sobre su tallo, y le dirige un beso ; pero impalpable como una nube, desaparece cuando Alberto cree que puede cogerla.

Al fin renuncia á su tentativa, se arrodilla cerca de la cruz y junta las manos delante de ella en ademan suplicante. La wili como atraida por este mudo dolor, tan lleno de amor, se lanza ligeramente cerca de su amado ; Alberto la toca, y ya ebrio de amor y de felicidad, va á apoderarse de ella, cuando deslizándose dulcemente de entre sus brazos, se desvanece en medio de las rosas, y Alberto cerrando sus brazos no abraza mas que la cruz del sepulcro.

La desesperacion mas profunda se apodera de él : se levanta y va á alejarse de este sitio de dolor, cuando el mas extraño espectáculo se ofrece á su vista y le fascina en términos que queda inmóvil como petrificado y forzado á ser testigo de la extraña escena que se representa ante sus ojos.

Oculto detras de un sauce, Alberto ve aparecer al desgraciado Hilarion perseguido por toda la turba de wilis.

Pálido, temblando, casi muerto de miedo, el guarda del coto cae al pié de un árbol, y parece implorar la piedad de sus locas enemigas. Pero tocándole con su cetro, la reina de las wilis le obliga á levantarse y á imitar el movimiento de baile, que ella ejecuta en torno suyo..... Hilarion impelido por una fuerza mágica, baila á pesar suyo con la hermosa wili, hasta que esta le cede á una de sus compañeras, que á su vez le cede tambien á otra, y así sucesivamente hasta la última.

Cuando el desgraciado cree terminado su suplicio al ver fatigada á su compañera, otra la reemplaza con nuevo vigor, é Hilarion agotando sus fuerzas al sonido de una música cada vez mas rápida, concluye por temblar y sentirse abrumado de laxitud y dolor.

Tomando al fin un partido desesperado, trata de escaparse, pero las wilis le cercan con un vasto círculo, que se estrecha poco á poco, le encierran y se convierte en un vals rápido, al cual un poder sobrenatural le obliga á mezclarse. Un vértigo terrible se apodera entónces del guarda del coto, que sale de los brazos de una bailarina para caer en los de otra.

Rodeada la víctima por todas partes en esta graciosa jaula, siente doblarse sus rodillas. Ciérranse sus ojos, nada ve ya..... y baila sin embargo todavía con ardiente frenesí. La reina de las wilis se apodera de él y le obliga á dar vueltas y á valsar por última vez con ella, hasta que llegando el pobre diablo al borde del lago, último anillo de la cadena de las bailarinas, abre los brazos creyendo coger una nueva, y baja rodando al abismo! Las wilis empiezan entónces una bacanal alegre, dirigida por su reina victoriosa, cuando una de ellas descubre á Alberto, y le conduce al círculo mágico, todavía aturdido de lo que acaba de presenciar.

Las wilis se muestran regocijadas por haber hallado otra víctima : su tropa cruel se agita ya en derredor de esta nueva presa; pero en el momento en que Mirta va á tocar á Alberto con su cetro encantado, Gisela se lanza y detiene el brazo de la reina levantado sobre su amante.

Huye, dice Gisela á su amado, huye ó mueres, como Hilarion, añade señalándole el lago.

Alberto permanece un instante sobrecogido de espanto á la idea de participar de la funesta suerte del guarda del coto. Gisela aprovecha este momento de indecision para coger la mano de Alberto; los dos se dirigen como impelidos de una fuerza mágica hácia la cruz de mármol, indicándole Gisela este signo sagrado como su egida, como su única salvacion.

La reina y todas las wilis le persiguen hasta la tumba; pero Alberto, protegido por Gisela, llega hasta la cruz y la abraza; y en el momento en que Mirta va á tocarle con su cetro, la rama encantada se rompe entre las manos de la reina, que se detiene, así como todas las wilis, sorprendidas y asustadas.

Furiosas las wilis al verse engañadas de este modo en sus crueles esperanzas, se abalanzan muchas veces á él y son rechazadas por un poder superior al suyo. La reina entónces queriendo vengarse de la que le arrebató su presa, extiende la mano sobre Gisela, cuyas alas se abren inmediatamente y se pone á bailar con el mas gracioso y extraño entusiasmo y como arrastrada por un delirio involuntario.

Alberto inmóvil la mira causado y confundido con esta escena extravagante; pero muy luego las gracias y las actitudes encantadores de la wili le atraen á pesar suyo, que es lo que queria la reina : deja la cruz santa que le preserva de la muerte, y se aproxima á Gisela, que se detiene espantada y le suplica vuelva á su talisman sagrado, pero la reina la toca de nuevo y la obliga á continuar su baile seductor.

Esta escena se renueva muchas veces, hasta que al fin cediendo á la pasion que le arrastra, abandona Alberto la cruz y se lanza hácia Gisela, coge la rama encantada y quiere morir, para unirse á la wili, para no volverse á separar mas de ella!!!.....

Alberto parece tener alas, apénas toca el suelo y voltea al rededor de la wili, que muchas veces intenta sujetarle. Pero arrastrada por su nueva naturaleza, Gisela cede á la necesidad de unirse con su amante, y los dos comienzan un paso rápido, aéreo, frenético, como si apostasen en gracia y agilidad; muchas veces se paran para caer en los brazos el uno del otro, y en seguida la música fantástica les da nuevas fuerzas y nuevo ardor.

Toda la cuadrilla de las wilis, se une á los dos amantes, y los cerca formando actitudes voluptuosas.

Una mortal fatiga se apodera entónces de Alberto. Se le ve luchar todavía, pero sus fuerzas principian á abandonarle. Gisela se aproxima á él. Se detiene un momento con los ojos bañados en lágrimas; pero una señal de la reina la obliga á volar de nuevo. El baile dura algunos minutos mas, y Alberto va á perecer de cansancio y de fatiga, cuando el dia principia á aparecer..... los primeros rayos del sol alumbran las ondas argentadas del lago.

La ronda fantástica y tumultuosa de las wilis se amortigua á medida que la noche se disipa.

Gisela aparece renacer á la esperanza viendo desvanecerse el prestigio terrible que arrastraba á Alberto á su pérdida.

Poco á poco y bajo los ardientes rayos del sol, la tropa toda de las wilis se encorva y rinde, y sucesivamente se las ve bambolearse, extinguirse y caer sobre el monton de flores ó sobre el tallo que las vió nacer, como las flores de la noche que mueren al aproximarse el dia.

Durante este gracioso cuadro, Gisela que como sus ligeras hermanas sufre la influencia del dia, se deja ir lentamente en los brazos desfallecidos de Alberto, se aproxima al sepulcro como arrastrada por su destino.

Previendo Alberto la suerte que amenaza á Gisela, la traslada

en sus brazos léjos de la tumba y la deposita en medio de un montón de flores. Arrodillase delante de ella y le da un beso como para comunicarle su alma y volverla á la vida.

Pero Gisela señalando el sol que brilla entónces con toda su majestad, parece decirle que debe obedecer á su suerte y separarse de él para siempre.

En este momento resuenan en el centro del bosque estrepitosas sonatas. Alberto las oye con temor y Gisela con dulce alegría.

Wilfrido acude. El fiel escudero precede al príncipe, á Batilde, y á una numerosa comitiva; los conduce cerca de Alberto esperando que sus esfuerzos serán mas poderosos que los suyos para arrancarle de este lugar de dolor.

Todos se paran al verle. Alberto se lanza hácia su escudero para detenerle. Durante este tiempo la wili toca sus últimos instantes; ya las flores y las yerbas que la rodean se levantan sobre ella y la cubren con sus ligeros tallos..... parte de la graciosa aparición está ya oculta por ellas.

Alberto vuelve y queda sorprendido y lleno de dolor viendo á Gisela desaparecer poco á poco y lentamente en medio de este verde sepulcro; Gisela con el brazo que conserva todavía libre, indica á Alberto á la trémula Batilde arrodillada á algunos pasos de él y tendiéndole la mano con aire suplicante.

Gisela parece decir á su amante que dé su fe y su amor á la tierna jóven..... Este es su único voto, la última plegaria que hace la que ya no puede amar en este mundo; en seguida dirigiéndole un triste y eterno á Dios, desaparece en medio de las flores que la cubren entónces enteramente.

Alberto se levanta con vivo dolor; pero la órden de la wili le parece sagrada..... arranca algunas flores de las que cubren á Gisela, las pone sobre su corazón, sobre sus labios, con amor; y débil y vacilante cae en los brazos de los que le rodean, alargando la mano á Batilde.

Así concluye el baile.

Expedicion á Compiègne.

Yo deseaba conocer personalmente al hermano Luis Felipe, pero el hermano Luis Felipe no estaba en Paris. Hallábase en el palacio y sitio real de *Compiègne*, á 19 leguas francesas de la capital, con toda su familia, la corte y la mayor parte de los ministros de la corona. En uno de aquellos dias habia de pasar revista á un

ejército de veinte y cinco mil hombres de todas armas con ocasion de poner por su mano algunas corbatas de la legión de honor, y para dar á este acto mas solemnidad habia convidado á la mayor parte del cuerpo diplomático extranjero.

La ocasion me pareció la mas oportuna para satisfacer mi curiosidad, con la ventaja de gozar al mismo tiempo del espectáculo de una revista solemne de tropas escogidas, y de conocer algunas notabilidades diplomáticas, políticas y financieras. La dificultad estaba solamente en el modo como lo habia de hacer; porque al verle rápidamente al pasar por algun sitio confundido con el vulgo, me satisfacía poco; por otra parte yo no era de los convidados, y los antecedentes que habian mediado entre el rey de los franceses y Fr. Gerundio de los españoles, no eran los mas á propósito que digamos para tomarme la confianza de convidarme por mí mismo. Era preciso, pues, valerme de alguna estratagemata.

Yo me acordaba de la que habia usado cuando estuve en Ceuta fingiéndome médico para poder penetrar impune y libremente en territorio árabe y ver y examinar á la hermosa *Aragma Benhesek*, hija del gobernador de Anchara *Mugamet-Ben-Ali-Deilel* que se hallaba enferma en una mezquita (1). Aquella por fortuna mia me habia salido bien, pero ni el estado de Luis Felipe era para necesitar de médicos, ni yo pudiera fácilmente pasar por médico en la corte de Francia como habia pasado en Marruecos. Discurrí pues que siendo aquella una reunion de diplomáticos, ningun disfraz podia convenirme mejor que el de diplomático, acordándome tambien de aquel ingenioso hermano que desiendo asistir á un concierto para el cual no estaba convidado, inventó fingirse músico, y tomando un violin y untando las cerdas del arco con sebo, se dirigió al salon, entró sin obstáculo por parte del revisor de billetes, porque ya se sabe que los músicos no los necesitan, se incorporó á la orquesta, fingió tocar como uno de tantos, y satisfizo su curiosidad sin menoscabo de la armonía, gracias al sebo, remedio tan suave como eficaz para la no desafinacion. Ea pues, dije para mí, ya no hay que dudar en la eleccion de disfraz, y ocurrióme en el instante este raciocinio semipoético:

Si para examinar enfermas árabes
Conviene hacerse médico-quirúrgico,

(1) Capillada 331 del 23 de Abril de 1841.